

Tercera Semana



Madrid San Gerardo Cuenta...

Abandonados

Durante el año que pasé realizando el noviciado en Colombia, todos los domingos teníamos una actividad pastoral, que además de ser una oportunidad para salir del noviciado consistía en visitar las veredas, casas familiares repartidas y desperdigadas por toda la montaña a las que solo las unía un estrecho y abrupto sendero. La dificultad para acceder a aquellas personas era mucha, en especial a los que más en la cima de la montaña vivían, de ahí que su párroco acudiese pocas veces a visitarles y de ahí también que fuese nuestra obligación y nuestra llamada el ir a visitarles, pues San Alfonso nos fundó precisamente para eso, para anunciar el Evangelio a los más abandonados.

Estas familias de las veredas me descubrieron el rostro de los pastores que San Alfonso encontró en Scala, el de los abandonados, el rostro de los sedientos del evangelio, pues nada más que la



Palabra de Dios y la oración era lo que podíamos compartir con ellos y sin embargo era lo que como agua de mayo esperaban y ansiaban. No pasábamos más de diez o quince minutos en cada casa rezando y leyendo el Evangelio, pero puedo asegurar que las dos horas de caminata que nos llevaba llegar hasta la primera casa valía completamente la pena por poder compartir con ellos la alegría de Evangelio.

El noviciado terminó y tuve que regresar, dejar de visitar a aquellas cariñosas familias que con tanto amor nos abrían las puertas de sus casas y sus humildes despensas. Es duro volver a una sociedad tan acomodada después de vivir aquello, pero también es verdad que no vuelves igual, yo al menos volví con una nueva sensibilidad. En medio de este mundo globalizado y totalmente comunicado empecé a ver a los mismos pastores abandonados de Scala, esta vez en el rostro de los jóvenes perdidos que no encuentran qué hacer con sus vidas, en el de los hombres de negocios cegados por su trabajo y su dinero, en el de las personas que tienen demasiada prisa como para disfrutar del paisaje, en el de la gente que ahoga sus problemas en una botella, en el de todos los que sufren la cruda realidad del paro, en definitiva en los rostros de todos aquellos que no conocen a Jesucristo.

Álvaro Ortiz Jiménez de Cisneros, CSsR

Ten en cuenta que...

No hay día, hora, minuto o segundo en el que Dios no pase por nuestro lado, pero la mayoría de las veces cuesta verle y reconocerle; sin embargo, Él sigue fiel y persistente a nuestra vera, caminando constantemente con nosotros, sin abandonarnos, y hablándonos una y otra vez, explicándonos el sentido de nuestras vidas, tocándonos por dentro.

No obstante, precioso es el día en el que, de repente, toda nuestra vida da un completo giro y, sin esperarlo, todo cobra sentido y se nos abren los ojos del corazón. Ése es el momento en el que le descubrimos presente en nuestras vidas de infinitud de maneras: en la oración, en el Espíritu, en el prójimo y en todas las personas que Él ha puesto en **nuestras vidas....**

Ése es el momento en el que Él arroja esa luz que da sentido a nuestra vida y nos hace ser agradecidos con todos los tesoros que Él ha puesto en ella.



Dios nos cuenta

En aquel tiempo, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: “¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?”. Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?”. [...] Entonces Él les dijo: “¡Qué torpes y qué necios sois para creer lo que dijeron



los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera estoy entrara así en su gloria?”. Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

[Lc 24, 13-35]

¿Qué me cuentas?

Si por un instante Dios se olvidara de que soy una marioneta de trapo y me regalara un trozo de vida [...]

Darí­a valor a las cosas, no por lo que valen, sino por lo que significan. Dormirí­a poco, soñaría más, entiendo que por cada minuto que cerramos los ojos, perdemos sesenta segundos de luz. Andarí­a cuando los demás se detienen, Despertaría cuando los demás duermen. Escucharía cuando los demás hablan, y cómo disfrutaría de un buen helado de chocolate.

Si Dios me obsequiara un trozo de vida, vestiría sencillo, me tirarí­a de bruces al sol, dejando descubierto, no solamente mi cuerpo sino mi alma. Dios mío, si yo tuviera un corazón, escribiría mi odio sobre hielo, y esperarí­a a que saliera el sol. [...]

Johnny Welch, “La marioneta”

¡Te cuento más!



Este poema siempre me hace recordar todos esos tesoros que Dios ha puesto en nuestra vida, no cualquier tesoro, sino de esos que te hacen más rico cuando más

los compartes; ni de esos tesoros que se esconden para que nadie los encuentre, porque Dios los ha puesto en cada uno de nosotros, para que nunca nos olvidemos de que los tenemos.

Entonces me planteo si no me habré convertido yo en una marioneta, si entre tanto ir y venir no me habré dejado estos tesoros olvidados entre los apuntes de la universidad o se me habrán perdido corriendo en el metro porque llego tarde, tan ocupada, que ni siquiera me he dado cuenta de que me faltan. Y me pregunto qué pensará Dios cuando me ve desaprovechando así su regalo, si se estará preguntando por qué me enfado por tantas tonterías, o por qué no le digo a la gente que quiero, todo lo que la quiero. Cómo se sentirá cuando me ha dado tanto y yo hago tan poco, y creo que cosas así son su forma de recordarnos que aunque no lo veamos, somos inmensamente ricos.

Bárbara, Catequista de Confirmación